

¿Ofenderse, rebajarse?

El humilde no se ofende, *pues se conoce a sí mismo*. No sintiéndose nada, nada pues, puede ofenderle. Ni busca reconocimiento de los hombres, ni de ellos recibir honor y por la misma razón, tampoco espera de ellos ofensa ni deshonor. Así decía Pablo: *¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo*. Gálatas 1:10.

Muchos creen que ser humilde es rebajarse, adoptar posturas raras, hablar bajito, y privarse de todo lo que sea alegría. Es exactamente la descripción que hacía del *cristianismo y de los cristianos* Friedrich Nietzsche, el estrambótico filósofo alemán. Pero el humilde sabe, mejor que nadie, *gozar de los dones de Dios, tanto materiales como espirituales*, porque conoce de dónde proceden; al gozarlos, lo hace con gratitud al Dador, sabiendo ciertamente que *todo don y sana alegría proceden de Dios, fuente de agua viva*.

Y lo que ello implica es que el humilde no tiene por qué hablar de forma afectada, sino que basta con que lo que diga carezca de altanería (con mansedumbre y respeto), *sin necesidad de adoptar un antinatural tono acomplejado y melifluido de voz cuando habla*. Disfrutará de la vida tanto más cuanto menos espere de ella, por cuanto lo que reciba lo percibirá como un maravilloso regalo. *El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?* Romanos 8:32 Siendo como es así, sobra cualquier clase de afectación.

Su alegría puede ser exultante, porque estará libre de la frustración que un arrogante arrastra tras de sí, al codiciar metódicamente sin conseguir, aquello que no tiene. El humilde no adopta posturas antinaturales. *Simplemente se muestra como es, natural, sin complejo de superioridad pero, igualmente, sin complejo de inferioridad*.

Además, y al *no verse forzado a fingir*, despliega una personalidad que otros descubrirán en él antes que en la forzada *pantomima de un arrogante*.

Porque la humildad no es gesticular, lo que aparentemente piensa Nietzsche, cuya receta, dicho sea de paso, no pudo salvarle de las fobias y manías que hasta su muerte padeció. Ni está reñida con la firmeza y la seguridad en los comportamientos. Ni mucho menos la firmeza, comprensiva y humilde, está impedida por las Escrituras: *Esto habla y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie*. Tito 2:15.

La *humildad es de corazón*, como enseñaba y practicaba Jesús, a quien no se puede acusar de falta de personalidad; ni siquiera los ateos, que tendrán que reconocer que su *figura ha marcado inequívocamente*, la veintena de siglos que han transcurrido desde su nacimiento.

En el libro de Nehemías se dice que al pueblo se le leyó la ley, explicándole su sentido de tal modo que comprendiesen la Escritura. Se con dolieron y se humillaron y, por ello, se les animó a alegrarse, pues se habían situado en la posición deseada por Dios: arrepentidos y humillados.

Y se les dijo: *Id, comed grosuras, y bebed vino dulce, y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor; no os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza.* (Nehemías 8:10).

Al buen rey Josías le fue dicho: *por cuanto oíste las palabras del Libro y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Dios... también Yo te he oído.* (2º Reyes 22:19).

La humildad es, en fin, la vía por donde caminar por los caminos de Dios. *Con humildad todo; sin humildad nada.* Entendamos, hasta donde podamos, la grandeza de la humildad. Y en ella andemos en confianza, porque ya hemos eliminado al *hombre viejo* según dice el apóstol Pablo.

Rafael Marañón
AMDG